

INSTINTO DE LIBRERA / EVA COSCULLUELA

Un corazón delicado

Desde muy joven, Anne Sexton (Newton, EE. UU., 1928) tenía dentro una fuerza devastadora inmensa que la arrastraba a la muerte aun cuando amaba la vida. Empezó a escribir poemas cuando su terapeuta le pidió que canalizara esa energía abrasadora. No sospechaba que se iba a convertir en una de las poetisas más importantes del siglo XX.

Fue rebelde desde niña, dejó el colegio, se fugó de casa a los 20 años para casarse. Entonces llegó la oscuridad. Vivió el nacimiento de su hija como una experiencia terrorífica. Comenzaron las depresiones, los intentos de suicidio, los internamientos. No la abandonarían nunca. En 1956, el seminario de poesía de John Holmes cambia su vida. Dedicó todo su tiempo a escribir. Terminar un poema le cuesta meses y corregirlo «es como lijar un trozo de piel quemado por el sol». Envía sus obras a revistas literarias y son recibidas con gran aceptación. Sus poemas dejan ver detalles íntimos de su vida, hablan de su fragilidad mental, del sexo. Su poesía confesional fue recibida por unos como poderosa, por otros como exhibicionista e impúdica. En 1960 publica su primer poemario 'Al manicomio y casi de vuelta' y se introduce en los círculos litera-



Portada, Anne Sexton.

rios. Conoce a poetisas a las que admira (como a una joven Sylvia Plath), es invitada a lecturas, consigue becas y publica varios poemarios. El éxito le pasa una enorme factura. Ni el Premio Pulitzer que le conceden en 1967 por 'Vive o muere' consigue acallar las voces que la empujan al abismo. Se siente incapaz de vivir.

Anne Sexton mantenía correspondencia diaria con escritores y amigos, pero

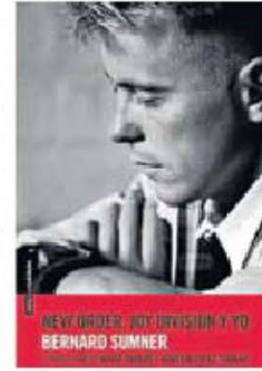
también con admiradores y con enfermos mentales identificados con sus poemas. Linteo, tras publicar su 'Poesía Reunida', presenta 'Anne Sexton. Un autorretrato en cartas', una larga confesión con «el mapa del tesoro» de su vida.

En 1964, confiesa en una carta: «Creo que será un milagro si algún día no acabo matándome». Lo intentó muchas veces, lo consiguió el 4 de octubre de 1974. Tenía 45 años. Tras corregir las galeras de un nuevo poemario con su mejor amiga, llegó a casa, anuló una cita con su amante, se quitó los anillos y se vistió con el abrigo de visón heredado de su madre. Bajó al garaje con un vodka con hielo. Subió a su coche, puso la radio y encendió el motor. Allí encontró la muerte que tanto había buscado, una muerte que odiaba y amaba. Una muerte que puso fin a su corazón delicado.

ARS SONORA / JUANJO BLASCO PANAMÁ

Antártida empieza aquí

Eran fríos como el hielo. O al menos nos lo parecían. Aquellos años de la explosión punk había muchas bandas en las que mirarse, con las que disfrutar. Joy Division eran otra cosa. Venerados y aborrecidos a partes iguales algunos no encontrábamos nunca el momento para entrar en esos mundos densos como el granito y sobre todo fríos. Tenían los de Mánchester una virtud especial para conge-



Portada, Joy Division.

larte con sus ritmos sincopados. Los lentos, por lentos. Los «rápidos» por tenebrosos. Leyendo 'New Order, Joy Division y yo' (Bernard Sumner, Sexto Piso, 2015, traducción de María Tabuyo y Agustín López) todo queda un poco más claro. El guitarrista de unos primeros Joy Division cuenta su vida terrible en unos suburbios donde una madre con parálisis cerebral lo tortura hasta el infinito culpándolo de la ausencia de un padre que nunca estuvo allí mientras malvive con una abuela entrañable y ciega y juega con sus amigos en un paisaje salido de alguna pesadilla de Lovecraft. Tremendo. Solo la descripción que se hace de esa niebla tan británica y siniestra en el capítulo 'Farolas' da todas las pistas necesarias para entender como Sumner, el que sería luego guitarra de Joy Division, entendía el mundo. Y como se hizo amigo de Ian Curtis.

Joy Division tuvo en Curtis una convulsa reunión de muchachos que se enfrentaron a un mundo que no entendían y que daban por supuesto (no se puede añorar lo que nunca se ha tenido), y entre los ataques epilépticos de su cantante concibieron 'Unknown Pleasures' que mostraba en su portada la representación gráfica de un púlsar, una estrella en vías de desaparición y en 'Closer' la aterradora belleza de

un túmulo funerario. Definitivo. Todo estaba allí. Hablaron de atmósferas, de que ella perdió el control, de que el amor te iba a destrozar y Curtis, inevitable, tras sus terribles ataques epilépticos en medio de las actuaciones, terminaría colgándose en su casa.

Como cantaba El Zurdo en aquel bello tema de La Mode «¿Qué terrible balance estará haciendo/ si aun no ha cumplido los veinte años?». La historia de ese balance y de ese frío glacial se encuentra en este libro, el que ha escrito su amigo y compañero de una aventura que permanece en el tiempo. La historia de Joy Division desde dentro. Sorprendentemente no es una historia triste de leer, es simplemente la historia de unos chicos de Mánchester que endurecieron su corazón para seguir vivos. Y le pusieron música.